

ARQUEBISBAT DE BARCELONA

Nota de premsa

El cardenal Martínez Sistach ha presidido la misa para los participantes en el encuentro de diversas organizaciones civiles y confesionales.

Hoy domingo, a las 10.30h, el cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, ha presidido la misa para los participantes en el encuentro promovido por diversas asociaciones e instituciones, celebrado en el Palacio de Congresos de Montjuïc.

El cardenal ha presidido la misa, concelebrada con un grupo de sacerdotes, pero no ha estado presente en los parlamentos que han seguido. En su homilía el cardenal ha comentado la Palabra de Dios. Como afirma el profeta Isaías, ha dicho, "en medio de la oscuridad de muchas realidades del mundo, hemos visto una gran luz que es Cristo, y su buena nueva nos llena de alegría, y nos pide la conversión de corazón a todos".

El cardenal ha continuado afirmando que "esta buena nueva es la proclamación del valor de la vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. La vida es sagrada porque solo Dios es el dueño de ella". El cardenal también ha afirmado que "el alto valor del matrimonio como íntima comunidad de vida y de amor entre un hombre y una mujer al servicio de la vida es el fundamento de la familia. Estas instituciones creadas por Dios son un auténtico patrimonio de la humanidad. Ha recordado también que la vocación propia de los laicos cristianos es ocuparse de las realidades temporales ordenándolas según Dios".

En la parte final de sus palabras el cardenal ha dicho que "en los asuntos temporales hay diversidad de apreciaciones y de compromisos, las opciones sociales, políticas y culturales de los cristianos son diversas. Pero Cristo no está dividido y nosotros, evitando las desavenencias, nos respetamos los unos a los otros en nuestra legítima pluralidad y nos reafirmamos en la comunión profunda en aquello que es esencial".

Barcelona, 27 de enero de 2008.

Homilía del Sr. Cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, en el Palau de Congressos de Barcelona, 27 de enero de 2008.

Estamos celebrando con gozo la Eucaristía en el día del Señor. Hemos escuchado con fe la palabra de Dios y las lecturas de hoy nos describen bien la situación de los cristianos en medio de nuestro mundo.

Avanzamos en la oscuridad. El mal del mundo, el pecado de los hombres, nuestro propio pecado y las estructuras de pecado que entre todos generamos provocan una noche cerrada que a menudo nos rodea por todos lados. No nos resulta fácil vivir y actuar de acuerdo con nuestra conciencia cristiana. Sin embargo, el Señor nos pide que hemos de estar en el mundo, aunque sin ser del mundo. Este estilo de vida no es fácil, pero el Señor nos ayuda.

Ciertamente, en medio de la oscuridad hemos visto una gran luz. Esta gozosa verdad la hemos escuchado dos veces en boca del profeta Isaías, en la primera lectura y en la del evangelio. Una luz que a nosotros, que vivimos en un mundo tenebroso, nos hace sentir una alegría inmensa.

¿Cómo hacer nuestra esta alegría? ¿Cómo gozar de ella? ¿Cómo mantenerla viva y hacerla crecer desde la oscuridad que nos rodea? La respuesta nos la ha dado el que es justamente esta luz, la luz del mundo y de nuestro corazón: Jesús, el Señor. Él nos dice: convertíos. De él hemos aprendido nosotros, discípulos suyos, que la respuesta más radical y definitiva al mal del mundo es la conversión a la verdad que él nos ha traído. Conversión tuya y mía: es por aquí por donde comienza la renovación de la sociedad. Esto pide la conversión de todos. Por esto los cristianos anunciamos la buena nueva de la salvación de Jesús e invitamos a acogerla con la conversión del corazón. Tal como quiere Jesús.

Los cristianos ofrecemos a la sociedad la riqueza que hemos recibido del Señor. Así, ponemos de relieve y exponemos a todos con convicción y sencillez la maravillosa realidad del matrimonio como íntima comunidad de vida y de amor entre un hombre y una mujer, abierta esta unión a la vida humana, engendrando hijos y educándolos para que sean buenos ciudadanos y buenos cristianos. La familia, fundamentada en el matrimonio, es el lugar primero de humanización de la persona y de la sociedad y es la cuna de la vida humana y del amor. Los cristianos vivimos y ofrecemos a la sociedad esta buena noticia del valor precioso de la vida

desde el primer momento de su concepción hasta la muerte natural, de la cual sólo Dios es el amo, así como el valor del matrimonio y de la familia, instituciones creadas por Dios y patrimonio de la humanidad. Benedicto XVI, en su mensaje de la Jornada de la Paz, afirma que “la familia es la primera e insustituible educadora de la paz”. Y más adelante dice que “la familia tiene necesidad de una casa, del trabajo y del debido reconocimiento de la actividad doméstica de los padres, de la escuela para los hijos, de la asistencia sanitaria básica para todos”. Y el mismo Pontífice, en el V Encuentro Internacional de las Familias, en Valencia, afirmó que “reconocer y ayudar a la institución familiar es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana”.

El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los laicos cristianos. Es necesario convencer a la misma familia de su identidad como primer núcleo social de base y de su papel original en la sociedad, para que sea cada vez más la protagonista activa y responsable de su propio crecimiento y de su propia participación en la vida social. Miembros de diversas asociaciones que trabajan en favor de la vida, del matrimonio y de la familia os reunís una vez más para reafirmar, tutelar y defender con convicción y respeto estas realidades que configuran la vida de las personas y de la sociedad. El carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos, recuerda el Concilio Vaticano II. Su vocación propia es buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (cf. *Lumen gentium*, 31).

La propuesta positiva de la riqueza de la antropología cristiana y la voz profética de la Iglesia pretenden ser un buen servicio a la sociedad. Como hemos recordado recientemente los obispos de Catalunya, sin estas aportaciones se privaría a la sociedad de una antigua sabiduría que hemos recibido de lo alto y que ha estado presente y activa en las raíces de nuestra antropología y de nuestra historia. Estamos convencidos de que cuando el Evangelio es acogido por las personas, la comunidad civil se hace también más responsable, más atenta a las exigencias del bien común y más solidaria con los necesitados (Cf. *Creure en l’Evangeli i anunciar-lo amb nou ardor*, de febrero de 2007). La Iglesia siempre ha trabajado y trabaja para poner raíces cristianas en todos los pueblos. De estas raíces nace el árbol bueno que da buenos frutos (Cf. Mt 12,33). Sin estas raíces, los frutos no llegarían o serían simple apariencia.

El anuncio de la conversión que nos pide el Señor en las lecturas que hemos escuchado, por sí misma “deja bien claro que todos somos cautivos del pecado” (Ga 3,22), y exige que nos exhortemos unos a otros “día tras día para que la seducción del pecado no endurezca a nadie” (He 3,13). La denuncia profética, siempre orientada a la conversión, forma parte de la responsabilidad de los cristianos de “dar razón de nuestra esperanza” (1Pe 3,18). Hemos de hacerlo con el espíritu con el que San Pablo, enviado a anunciar el Evangelio, nos lo ha dicho en la segunda lectura: “Que no haya divisiones entre vosotros”. En los asuntos temporales hay diversidad de apreciaciones y de compromisos, las opciones sociales, políticas y culturales de los cristianos son diversas. Pero Cristo no está dividido y nosotros, evitando desavenencias, nos respetamos los unos a los otros en nuestra legítima pluralidad y nos reafirmamos en la comunión profunda en aquello que es esencial.